

Autor / Author**MEJÍA FERNÁNDEZ, Ricardo**

Universidad de Salamanca. Salamanca (España)

ricardomejia@usal.es

RECIBIDO / RECEIVED 24 de febrero de 2015

ACEPTADO / ACCEPTED 20 de mayo de 2015

PÁGINAS / PAGES De la 77 a la 94

ISSN / ISSN 2386-2912

Foucault y el concepto biológico de raza: Entre el poder y la ciencia

Foucault and the biological concept of race: Between power and science

En este artículo examinamos el concepto biológico de raza en el plano filosófico y en el plano científico. Primero nos ocuparemos de la crítica de Michel Foucault al racismo desde la bio-política y, en un segundo gran apartado, recorreremos la historia de la ciencia para mostrar si el racismo biológico cuenta con algún tipo de fundamentación científica. El resultado general más importante es que el concepto biológico de raza deriva de la lucha de poder entre las sociedades y sus individuos, que optaron por subordinar la ciencia para preservar su hegemonía político-racial.

#Racismo #Biopolítica #Michel Foucault #Historia de la Ciencia

In this article, we examine the biological concept of race, both philosophically and scientifically. First, we will deal with Michel Foucault's critique of racism from his bio-politics and, in a second major section, we will explore the history of science to discover if biological racism has any scientific basis. The most important general result is that the biological concept of race derives from the power struggle between societies and their members which subordinates science to preserve their political-racial hegemony.

#Racism #Biopolitics #Michel Foucault #History of Science

1. Introducción

En el presente artículo nos ocuparemos de dar cuenta del concepto biológico de raza desde dos grandes perspectivas: desde la interpretación filosófica y desde la investigación científica. Intentaremos que ambos enfoques se complementen, teniendo en cuenta, desde la caracterización kuhniana, que toda teoría es formulada en una *matriz disciplinar*. Es decir, no hay estudio científico que esté desprovisto de un *ethos* comunitario que lo impulse con gran

riqueza de ideas y modos de comprender la realidad.

De este modo, nuestras líneas se dividirán en dos apartados fundamentales: el primero estará dedicado a mostrar las razones bio-políticas que han determinado el concepto de raza y su consecuente corolario racista, dejándonos guiar por la aportación imprescindible del filósofo francés Michel Foucault a nuestro tema. El gallo concebirá el racismo como uno de los brazos más despiadados y tecnificados del poder. La segunda parte, en calidad de *arqueología del saber*, estará dedicada al concepto de raza desde el punto de vista biológico, dividiendo el apartado en las siguientes secciones: (2) un breve recorrido histórico sobre el rumbo que dicha noción ha sufrido en la historia moderna, (3) el papel que las clasificaciones raciales han tenido en este tipo de concepción biológica y (4) unas conclusiones en el que nos cuestionaremos —e intentaremos responder de forma original— si en el presente estado de la ciencia podemos defender una noción estrictamente biológica de la raza.

2. Razones bio-políticas contra el racismo en Michel Foucault

En esta primera sección de nuestro trabajo, nos ocuparemos de desenmascarar los orígenes bio-políticos del concepto de raza y de su consecuente movimiento racista, al hilo de las reflexiones del filósofo Michel Foucault (1926-1984). De él, hallamos una obra de notable interés sobre el tema, titulada *Genealogía del racismo*, en adelante citada a partir de su traducción a la lengua castellana. Sin embargo, debemos aclarar que su título original en lengua francesa fue *Il faut défendre la société*, tratándose de un curso impartido en abierto en el Collège de France durante el curso de 1975-1976.

Foucault dictaba sus lecciones movido por su deseo de poner en evidencia la *contra-historia*¹, es decir, hacer emerger las motivaciones que han dominado la historia legitimada por la cultura dominante, y de ese modo destapar las luchas de poder y fuerza que se encuentran en los hechos narrados; los cuales, para una mirada menos reflexiva, suceden de un modo explicable gracias al análisis de los hechos tal y como éstos se presentan a la presunta objetividad histórica. A través de la contra-historia, nuestro autor se sumerge en la sucesión fáctica y recupera, en cambio, las hundidas *razones de legitimidad*, tan lógicas y verosímiles para la razón discursiva, pero, a la vez, tan apoyadoras de fines represivos y exaltadores del poder. Foucault, por tanto, defendió "una historiografía preocupada por descifrar los discursos de verdad que han tratado de consolidar en occidente toda una ortopedia social destinada a corregir los males de la sociedad y de la cultura burguesas" (Márquez Estrada, 2014: 214).

Foucault persigue individualizar las fuerzas originantes de los conflictos que se han dado *a la vista* y que ocultaban sus verdaderas razones a través de un proceso reductivo que busca su determinación más decisiva. Mediante la contra-historia el francés estaba "proponiendo otra forma de hacer historia, historia entendida como juego de poder" (Márquez Estrada, 2014: 216).

1/ En el prólogo de *Genealogía del racismo*, Tomás Abraham escribe que "la contrahistoria transgrede la continuidad de la gloria y enuncia una nueva forma de continuidad histórica: el derecho a la rebelión" (Foucault, 1996: 7), además nos advierte que "la contrahistoria, la genealogía en general, expone el modo en que las relaciones de poder activan las reglas del derecho mediante la producción de discursos de verdad. Esto es lo que los sociólogos llaman "legitimidad" y Foucault dispositivos de saber-poder y políticas de la verdad" (Foucault, 1996, 8).

Como Nietzsche, Foucault, acometió una deconstrucción de la historia escrita por los vencedores a través de una inversión de la racionalidad dominante. La contra-historia puede ser calificada como “la nueva forma de hacer historia que, por el contrario, instala su análisis en descubrir las interrupciones que corren por debajo de unidades históricas” (Márquez Estrada, 2014: 220), homogéneas y tomadas absolutamente por verdaderas. La contra-historia ayuda a desenterrar la historia a menudo soterrada por las narraciones tanto cómplices como generadoras de poder. A esto ayudará el método de las *genealogías*:

Las genealogías no son, pues, vueltas positivistas a una forma de ciencia más atenta o más exacta. Las genealogías son precisamente anti-ciencias [...] Y no tanto contra los contenidos, los métodos y los conceptos de una ciencia, sino contra los efectos de poder centralizadores dados a las instituciones y al funcionamiento de un discurso científico organizado dentro de una sociedad como la nuestra (Foucault, 1996: 19).

La ciencia oficial oculta, al escribirse en tercera persona, la naturaleza subjetiva y los intereses propios y culturales que hacen de matriz de los hallazgos científicos. Por eso la genealogía es una anti-ciencia: no contra la científicidad sino contra la ciencia en cuanto llega a hacerse sierva del poder. Para Foucault, el poder es represivo en su forma perversa y, según nos advierte, no son pocas las creaciones de la vida humana que le sean deudoras. La genealogía tiene un *carácter subversivo*, pues va a la raíz de todo aquello que no se aprecia en los hechos de las ciencias que elaboran forzadas metodologías exactas, ordenando y narrando dichos hechos al hilo de su positividad. La centralización ha sido propia de la razón moderna al pretender que los hechos del mundo no tengan otro núcleo que la razón discursiva, des-centralizándolos del centro en que en verdad se apoyan. Como dice Foucault, la “genealogía sería entonces, respecto y contra los proyectos de una inscripción de los saberes en la jerarquía de los poderes propios de la ciencia, una especie de tentativa de liberar de la sujeción a los saberes históricos, es decir, hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico” (Foucault, 1996: 20).

¿En qué afecta esto al racismo? ¿Es posible realizar, con Foucault, una genealogía del racismo? De una manera impactante y recordando a Tomás Abraham en el prólogo de su traducción a Foucault, coincidimos con él que el racismo es la metafísica de la muerte del siglo XXI. Esta afirmación es acertada, como veremos seguidamente a propósito de la filosofía foucaultiana. El filósofo lo denomina “racismo biológico-social” (Foucault, 1996: 56). En el siglo XVII, los aristócratas usaban como razón de legitimidad del racismo las características deleznable de las razas diferentes de las que ejercían el poder institucional y social. Este racismo, que es el más habitual, se basa en lo más obvio: establecer razas inferiores bajo razones esteticistas, lingüísticas, bajo estadísticas manipuladas o creando mitos sobre la mezquindad de los extranjeros. Su amenaza, para este razonamiento legitimador, es su procedencia externa y la defendida inferioridad de su raza.

Foucault no lo ve de la misma forma pues “lo que en la sociedad se nos aparece como polaridad, como fractura binaria, no será tanto el enfrentamiento de dos razas extrañas una a la otra, como el desdoblamiento de una sola y misma raza en una súper-raza y una sub-raza; o también, a partir de una raza, la reaparición de su propio pasado” (Foucault, 1996: 56). Aunque este planteamiento pueda resultar complejo –pues lo es– es menester extraer de él todo su jugo. La verdadera amenaza no son las superficiales características biológicas sino algo

más imbricado, lo cual podríamos también calificarlo de *más peligroso*. Lo que está en juego, por tanto, es el poder, y todo lo demás son condimentos que vienen a añadirse al plato fuerte de las relaciones entre dominantes y dominados.

Antes de la decadencia de la aristocracia, los argumentos en contra de los extranjeros no se reducían principalmente a su biología racial, la cual es, de por sí, *neutra* cuando nos referimos al poder. En efecto, tener este o aquel color de piel, o este o aquel rasgo facial es indiferente en relación al mayor o menor poderío de una persona o de un colectivo. En la Edad Media —y ahora estamos aludiendo al caso de las guerras de religión— el verdadero motivo del racismo fue la *invasión*, es decir, puesto que nos han ocupado de fuera o podrían hacerlo, trayéndonos el peligro de aplastar nuestro *statu quo* desde dentro de nuestro entorno, somos racistas. Es urgente comprender este *desde dentro*: el gran riesgo es que terminen por arrebatar la propia influencia. La pantalla más habitual que servía de disimulo a esta situación racista en el Medioevo —como fue el caso del antisemitismo— fueron los motivos religiosos, cuando realmente lo que más preocupaba era que algún día llegasen a deponer a los nativos de su posición dominante o, simplemente, la voluntad de extender el territorio y el plan de construir un imperio. Así ocurrió con los judíos —nos dice Foucault—, en cuanto sub-raza (etnia) de la raza occidental:

Los judíos en ese momento aparecieron —y fueron descritos— como la raza presente dentro de todas las razas y que, por su carácter biológicamente peligroso, exige la puesta a punto por parte del Estado de cierta cantidad de mecanismos de rechazo y exclusión. Fue entonces la reutilización, dentro de un racismo de Estado, de un antisemitismo que tenía —creo— otras motivaciones para provocar los fenómenos del siglo XIX, que superpusieron los viejos mecanismos del antisemitismo al análisis crítico y político de la lucha de razas llevada adelante en una determinada sociedad. Esta es la razón por la cual no he sacado a la luz ni el problema del racismo religioso ni el del antisemitismo del Medioevo (Foucault, 1996: 76-77).

Huelga decir que muchos judíos nacidos en Europa compartían rasgos físicos idénticos a los de linajes propiamente europeos, haciendo que el motivo de su persecución fuese, principalmente, una amenaza política en nombre de la religión. Y es que el origen del racismo², en un primer momento, no se trataba de motivos en clave de un positivismo racista, sino de la máxima *"hay que defendernos contra la sociedad"*, de ahí el título de la obra foucaultiana. En aquel momento se hablaba más de *societas* o pueblos y no tanto de razas, habiendo pugnas de sociedades. El *dux* se hizo consciente de la necesidad de protegerse de una sociedad que, aún siendo míticamente extranjera, era astuta, con valores, con virtudes y con herramientas para hacer desaparecer su liderazgo. La configuración biológica, no es en ese primer estadio, lo primario, ya que lo más fácil, entonces, será enterrar esta causa con la tierra del desprecio de raza, "de aquella otra raza, de aquella sub-raza, de aquella contra-raza que, a pesar nuestro, estamos constituyendo" (Foucault, 1996: 57). Y es que antes del racismo como lo conocemos hoy, el lenguaje que imperaba era muy diferente, más cercano a la genealogía descrita al

2/ En esta interpretación de Foucault nos da la razón Ramón Grosfoguel: "Contrario al sentido común contemporáneo, el «racismo de color» no fue la primera forma del discurso racista. El «racismo religioso» («pueblos con religión» frente a «pueblos sin religión») fue la primera forma de racismo en el «sistema-mundo capitalista/patriarcal occidental-céntrico/cristiano-céntrico, moderno/colonial»" (Grosfoguel, 2012: 90).

estar en clave bélica. Se hablaba, pues, de *volver a ganar* o de *reconquista*, y no en términos abiertamente racistas. El mismo término “reconquista” alberga el mito de un eterno derecho a imperar, es decir, a recuperar lo que nos pertenece por siempre. En este momento el concepto de raza no tendrá tanto la connotación biológica cuanto la histórica o territorial.

Este racismo cambiará y se hará más sutil. Para Foucault y como veremos más adelante, el nuevo racismo, que alcanzará puntos álgidos en el siglo XIX y en plena agonía con la *pérdida de las colonias europeas*, “se funda sobre la idea (que es absolutamente nueva y hará funcionar el discurso en un modo diferente) según la cual la otra raza no es la que llegó de afuera, no es la que por determinado tiempo ha triunfado y dominado; sino aquella que en forma permanente, incesante, se infiltra en el cuerpo social (o mejor dicho, se reproduce ininterrumpidamente dentro y a partir del tejido social)” (Foucault, 1996: 56). Esta sospecha se deberá disfrazar con toda clase de aditivos raciales accidentales. Por este motivo, en adelante en vez de “conquista y de esclavización de una raza por parte de otra, se habla de pronto de diferencias étnicas y de lengua; de diferencias de fuerza, vigor, energía y violencia; de diferencias de ferocidad y de barbarie” (Foucault, 1996: 55). El miedo consistirá en que, si los de la otra raza llegan a ser considerados *iguales*, algún día podrían alcanzar el mismo prestigio y hacerse con las riendas de la sociedad.

Empieza a nacer la *máscara anátomo-fisiológica*, que no es sino la más hueca forma del aferrarse al mando bajo los argumentos racistas que sean. En ella se debe destacar, aunque sea míticamente, las diferencias biológicas como un límite imposible de superar, para ni siquiera dejar a los diferentes la oportunidad de intentarlo. Es un discurso metafísico fundado en argumentos de exterioridad. Si en un principio será el pan de cada día la *lucha de razas*, idea que lleva en sí la posibilidad de que una de ellas (en clave étnica), al enfrentarse y ganar la contienda bélica, se haga con el poder; el nuevo racismo consiste en exaltar hasta cotas insospechadas la raza del Estado propio para descartar, de entrada, cualquier tipo de dominio por parte de las razas tachadas como inferiores. Esta es una táctica muy sugerente pues sólo habría metafísicamente una raza superior en un Estado de igual importancia. Las demás razas –y los demás Estados, se entiende– deben estar sujetas, marginadas, o, en el peor de los casos, deberán ser erradicadas.

Este es un modo mítico y metafísico de hacer caer en el olvido su propio pasado, en el que otras razas oprimieron y humillaron a la ahora raza autoproclamada como la mejor. Es, pues, una forma de ocultar que la raza tuvo que ganarse, con sendas habilidades sociales, políticas y armamentísticas, lo que su biología no pudo proporcionarles. Es un modo de sepultar la fragilidad inherente a la raza exaltada que tuvo que atravesar por un largo recorrido de lucha precaria. Así pues parecería que, desde la noche de los tiempos, la raza ha sido superior, cual creación con atribuciones divinas:

Creo, justamente, que el racismo nació cuando el tema de la pureza de la raza sustituyó al de la lucha de razas, o mejor aún, en el momento en que estaba por cumplirse la conversión de la contrahistoria en un racismo de tipo biológico (Foucault, 1996: 72).

Si bien, antes, la superioridad era consecuencia de los éxitos militares, ahora nace un monismo político edificado sobre los pilares de la superioridad biológica. Habrá dos tipos de racismo de Estado, según Foucault: el *nazi*, basado en leyendas, en una fuerte presencia mediática y en una escatología inmanentista de la emergencia definitiva del tercer *Reich*; y, por otro lado, el *soviético*, “que consiste en hacer, de algún modo, lo contrario: no una transformación dramática y teatral, sino una transformación silenciosa, sin dramaturgia legendaria, y

difusamente *cientificista*" (Foucault, 1996: 74). El racismo soviético, que lo ejerce para dentro de sí mismo, persigue erradicar u ordenar todo aquello que ponga en entredicho la pureza de la clase trabajadora y científica, incluso mediante el uso coercitivo de las fuerzas como la policía o los poderes estatales. Habrá una vigilancia extrema por hacer desaparecer los elementos que alteren la higiene social soviética:

En consecuencia, el arma que en un tiempo debía luchar contra el enemigo de clase (dialéctica, persuasión, guerra) se convierte en policía médica que elimina como un enemigo de raza al enemigo de clase (Foucault, 1996: *Ibíd.*).

Se da, en este sentido, una *estatalización de lo biológico* que acarrea un control del Estado –liberalista o comunista, según el filósofo– sobre la vida que es capaz de desequilibrarla para granjearse cotas de poder. Esta es una forma de racismo, cuando se organizan y clasifican las razas bajo los criterios forzados del poder: "Son éstas las primeras funciones del racismo: fragmentar (desequilibrar), introducir cesuras en ese *continuum* biológico que el bio-poder inviste" (Foucault, 1996: 206). Esta bio-política del racismo se organizaba en el momento más arcaico en el poder de *dejar morir o dejar vivir* por parte del soberano, que disponía de la vida de sus súbditos, pero después se volvió más sofisticada, consistiendo en el poder de *hacer vivir o dejar morir*, lo cual es muy diferente. Aunque en regímenes como el nacionalsocialista ambos coincidieron, este último es un "nuevo mecanismo del bio-poder, organizado en torno de la disciplina, a la regulación" (Foucault, 1996: 210) de la vida, donde la omisión entra a formar parte suya. En lo que a sí respecta, Foucault es francamente crítico al pensar que la muerte es el límite del poder:

La muerte se ubica entonces en una relación de exterioridad respecto del poder: es lo que sucede fuera de su capacidad de acción, es aquello sobre lo cual no puede actuar sino global o estadísticamente (Foucault, 1996: 200).

El *hacer vivir o dejar morir* es mucho más velado y, por ende, más influyente pues no es matar directamente: no se ocupa de la *moribilidad* sino de la mortalidad, que puede regular a su conveniencia, como se comprobó con el encarnecimiento terapéutico de algunos dictadores contemporáneos, los cuales, pese a que ejercieron libérrimamente hacia sus súbditos el poder de dejar morir o vivir, fueron víctima de los que les alargaron la vida con un poder equiparable al que ellos habían ejercido. El racismo está vinculado con el poder primigenio, tanto de matar o dejar morir o de hacer vivir, pues supone ya una manipulación contundente de la vida al establecerle categorías mediante la razón discursiva. La vida está a merced de no aparentes ramificaciones del poder.

Por ello, Foucault enseña que "el racismo representa la condición con la cual se puede ejercer el derecho de matar" (Foucault, 1996: 207). Es el derecho de matar, sociológicamente y políticamente, a los diferentes; hurtándoles las cualidades intelectivas y sociales de las que solamente puede gozar la raza –y la clase social– dominante. El racismo mata porque no respeta la vida humana, negando su realidad y capacidad en colectivos humanos incómodos; re-construyendo, en función de la lucha de poder, lo que esos colectivos deberían ser en el cuerpo social, de forma que no rompan jamás la homogeneidad y control que un determinado colectivo impone al Estado.

El racismo, pues, es el máximo aliado de la acción de matar en aras del poder. Es, pues, una forma teórica y táctica de conservar el poder. Por ello, la muerte de la raza inferior no sólo es la posibilitación del refuerzo y la grandeza de una raza, sino a la inversa. El poder de matar bebe de la fuente racista y ésta de aquél. Mas, aunque hayamos aportado estas consideraciones, el

poder está en la matriz de ambas represiones y simplificaciones de la vida. Acabamos, pues, esta primera parte con un texto sintético del filósofo francés:

Lo que hace la especificidad del racismo moderno no está ligado con mentalidades, con ideologías, con mentiras del poder, sino más bien con la técnica del poder, con la tecnología del poder. Se trata de algo que se aleja cada vez más de la guerra de razas y de esa forma de inteligibilidad histórica que corre por ella, para ponernos dentro de un mecanismo que permita al bio-poder ejercerse. El racismo está pues ligado con el funcionamiento de un Estado que está obligado a valerse de la raza, de la eliminación de las razas o de la purificación de la raza para ejercer su poder soberano. El funcionamiento, a través del bio-poder, del viejo poder soberano del derecho de muerte, implica el funcionamiento, la instauración y la activación del racismo (Foucault, 1996: 209).

3. El concepto biológico de raza

3.1. Breve recorrido histórico

Seguendo a Beasley, la idea de que existen razas humanas biológicas pertenece a un período particular de la historia: las razas que nos son familiares en el mundo occidental fueron inventadas y elaboradas “*after the decline of faith in biblical monogenesis in the early nineteenth century and before the maturity of modern genetics in the middle of the twentieth*” (Beasley, 2010: 9)³.

A comienzos del siglo XVIII, las razas no iban más allá de ser consideradas como cualquier grupo, tanto de animales como de plantas, con una ascendencia común: se trataba de la concepción del árbol genealógico. Incluso en la era colonial, donde “blanco” y “negro” eran categorías muy usuales, ambos grupos también recibían otras denominaciones como “naciones”, “pueblos” o “complejiones anatómicas”, pero nunca “razas”. Es verdad que hubo etapas en la Edad Media donde se dio cierto racismo de sangre, como el antisemitismo que padeció España en esa época. Pero incluso ese tipo de racismo –como nos decía Foucault– venía refrendado por una lucha de intereses entre cristianos y judíos. Hasta, al menos, la mitad del siglo XVIII –con Buffon– la misma falta de una idea de raza marcó, así mismo, el mundo francés. El concepto más usado se relacionaba con la nacionalidad o la pertenencia tribal, antes que con el de raza biológica.

Es muy llamativo que se creyese que cada raza tenía unos ancestros bíblicos comunes, como es el caso de los árabes, cuya proveniencia se fijaba a partir de los descendientes de Ismael, uno de los hijos Abraham. Solamente autores como David Hume, Edward Long, Thomas Jefferson o Immanuel Kant defendieron que se heredaban diferentes caracteres intelectuales y morales según la raza de origen. La interpretación triunfante en la época dieciochesca fue la común descendencia adámica de la cual, por causas ambientales, se *degeneraría* en las diversas razas del mundo:

The dominant view in the eighteenth century was of a human unity-across-colours, with the colour differences coming from degeneration: The various human groups

3/ “Después del declive de la fe en la monogénesis bíblica a comienzos del siglo diecinueve y antes de la madurez de la genética moderna en la mitad del veinte”.

had degenerated from the common stock of Adam, probably because of climate and environment. These differences were by no means set in stone (Beasley, 2010: 10)⁴.

En 1750, el sueco Linneo publicó su famoso *Systema naturae*, en el cual clasificaba a las personas en tres diversificaciones geográficamente identificables (cuatro, si se incluía el americano nativo). Es correcto afirmar que "for Linnaeus the human species was partitioned into four 'varieties': the 'whitish European', the 'reddish American', the 'tawny Asian' [...] and the 'blackish African'" (Müller-Wille y Rheinberger, 2012: 105)⁵. Lo más señalable de la taxonomía linneana (Cfr. Ossorio, 2009) es que no abandonó la calificación de *humano inteligente* para cada una de las tres, oponiéndose a aquella corriente que no concedía ningún tipo de estatuto personal a las razas diferentes de la blanca. Linneo, además, unió la raza a determinadas formas de ser, tanto en lo personal como en lo temperamental:

a) *Homo sapiens europaeus*. Tenían la piel blanca, el cabello largo y lacio, así como los ojos azules. Su personalidad era seria, sanguínea e inteligente. Sus relaciones sociales estaban regidas por la ley.

b) *Homo sapiens asiaticus*. Tenían la piel amarilla, el pelo y los ojos negros. Son muy melancólicos y gobernados más por la *opinión* que por la ley.

c) *Homo sapiens afer*. Eran negros, con el pelo negro rizado, piel sedosa, narices chatas y labios pomposos. En cuanto a su carácter eran perezosos, impacientes, descuidados y regidos por el *capricho*.

Es más que patente (Cfr. Ossorio, 2009) que Linneo no estaba simplemente catalogando características físicas o estructuras biológicas, sino que también usaba elementos no-biológicos —reales o imaginados— para construir sus categorías. Pese que el sueco pretendió construir una ciencia objetiva, lo que construía fue una férrea jerarquía social en el que los blancos —el grupo al cual él pertenecía— eran los predilectos. Los blancos poseían las cualidades socialmente más admiradas y valiosas, mientras que los otros dos tipos tenían las peores. La ciencia linneana estaba al servicio de conscientes o inconscientes instancias de poder.

Como nos dice Beasley, es a partir del 1780, con el trabajo de Georges Cuvier en la Francia colonial, cuando la idea de raza biológica emergió con fuerza. El movimiento de la Ilustración comenzó a poner en duda la doctrina monogenética bíblica, por lo que se fue imponiendo cada vez más la recolección de las diferencias anatómicas entre los seres humanos. En la medida en que la autoridad de la Sagrada Escritura no tenía ninguna consideración, la especulación sobre los orígenes humanos y el escepticismo en torno a la unidad de la humanidad triunfaron de lleno y, con ello, el racismo.

Paradójicamente, el racismo en clave biológica nació a partir de la emancipación de la ciencia de las cadenas de la tradición. Es a finales del siglo XVIII y principios del XIX cuando se da una *esencialización de la raza*, vista como una herencia perdurable durante el tiempo: "during

4/ "La visión dominante en el siglo dieciocho consistió en una unidad a través de los colores, con las diferencias de color proviniendo por degeneración: los varios grupos humanos degeneraron del linaje común de Adán, probablemente debido al clima y al medio ambiente. Estas diferencias eran absolutamente inmodificables".

5/ "Para Linneo las especies humanas estaba repartidas en 'cuatro' variedades: el 'europeo blanquecino', el 'americano rojizo', el 'asiático tostado' [...] y el 'africano negruzco'".

the nineteenth century, the number of measured variables increased continually, as did the human varieties that were distinguished on this basis" (Müller-Wille y Rheinberger, 2012: 106)⁶. Pero fue con el advenimiento de la teoría de la evolución del británico Charles Darwin, en los años sesenta de ese siglo, cuando se entendió que debíamos entender la variación hereditaria –y, más tarde, genética con los trabajos de Mendel– en los linajes como producto de su historia adaptativa al entorno.

Darwin estuvo más cerca del monogenismo, en el sentido de que rechazaba una *creación múltiple*. Pero no fueron pocos los que se sirvieron del darwinismo para fundamentar su racismo. Según el británico, y a raíz de la selección natural, tienen lugar distancias biológicas drásticas (*quasi* esenciales) entre líneas genealógicas divergentes, estando separadas histórica y geográficamente. En este nuevo paradigma, que tiene en cuenta la influencia selectiva de la naturaleza, la herencia es el determinante de los *tipos biológicos* históricamente forjados, cumulativamente presentes en la constitución psicofísica de las razas. Esto lo podemos sintetizar de la siguiente forma:

[...] la recategorización de lo racial a partir de Darwin se finca en la idea de que la acumulación hereditaria en los grupos humanos, de variación adaptativa a entornos diversos y diversificantes (promovida por la selección), termina por decantarse o arracimarse en cúmulos de características físicas (fisiognómicas) y morales (psicológicas) que se insertan (hereditariamente) en la constitución última; lo que da los grupos naturales que llamamos razas (López-Beltrán, 2004, 189).

Todo ello conllevaría que cada tipo racial fuese una forma de sub-raza, en el léxico foucaultiano, o de *folk race* según la biología contemporánea (Cfr. Pigliucci y Kaplan, 2003); contribuyendo irreversiblemente a la *esencialización* racial. ¿En dónde reside su integridad? Está en el balance fruto de la selección natural de su conjunto de características biológicas, que facilitan la adaptación ambiental y la predisponen. De este modo, las razas ya están constituidas y no hay vuelta atrás en este proceso evolutivo.

Esto se relaciona con el tema de la herencia, que tiene severas consecuencias eugenésicas. Galton publicó dos trabajos sobre el tema: *Carácter hereditario y talento*, publicada en 1865 en la *McMillan's Magazine*; y otro trabajo sobre el talento de la población, titulado *La herencia del genio* en 1869; sin olvidar el artículo *Una teoría de la herencia* en 1875. Para Galton "el talento es, de una forma *dura o permanente*, hereditario", por lo que se enfrentó a Darwin en que los caracteres ambientales no eran decisivos en el genio de las poblaciones. Podríamos recoger la siguiente definición que hace Galton de la eugenesia, pronunciada en su conferencia de 1865: "[...] la ciencia que trata de todas las influencias que mejoran las cualidades innatas, o materia prima, de una raza; también aquéllas que la puedan desarrollar hasta alcanzar la máxima superioridad" (Ruíz y Suárez, 2002: 86).

Según Galton, *la naturaleza es la única determinante de la herencia y selección natural*. Para este científico la *selección natural* es "el motor natural del proceso evolutivo, cuya acción se expresaba en la selección permanencia de los mejores individuos" (Ruíz y Suárez, 2002: *Ibíd.*). La selección natural siempre favorecía a los mejores *constituidos*⁷, por eso había que obligarles

6/ "Durante el siglo diecinueve, el número de variables medidas se incrementó continuamente, como lo hicieron las variedades humanas que fueron distinguidas sobre esta base".

7/ Galton, debido a su formación médica, emplea el concepto de *constitución* en el sentido de las cualidades innatas (carácter, temperamento, capacidad intelectual u artística). De esta manera, también le interesa las cualidades mentales, si bien

a casarse y a generar la mejor descendencia. El científico se opuso a Darwin en la influencia del ambiente en la herencia. Galton, pues, quiso centrarse solamente en el modo orgánico de la herencia y comparaba la herencia humana con la observada en los animales, en especial en las razas estables de perros o caballos. Más que ambiente, la herencia es cuestión de naturaleza. En Galton leemos cómo, basándose en el caso de los indios americanos, creyó descubrir que, aún estando estos seres humanos esparcidos por todo el Continente americano,

[...] tienen básicamente el mismo carácter en toda América. Los hombres, y en menor grado las mujeres, son naturalmente fríos, melancólicos, pacientes y taciturnos. Lo que es cierto para la raza entera es igualmente cierto para sus variedades. Otra diferencia, además de la inconstancia en el trabajo, es que los salvajes parecen incapaces de progresar después de sus primeros años de vida (Ruíz y Suárez, 2002: 88).

El método escogido por Galton era lograr la mejor raza consistió en la *eugenesia negativa*, es decir, limitar la reproducción de caracteres débiles, y la *positiva*, que fomenta la reproducción de las mejores cualidades genéticas. Si bien Darwin aceptó este planteamiento de Galton, defendió, por contra, una postura más abierta al insistir en la posibilidad de la *educación* en los primeros años de la juventud (cuando se da una mayor maleabilidad y desarrollo cerebral), y no tanto en la eugenesia directa.

Galton, si bien no fue un racista en el sentido en que lo entendemos hoy, no congenió con la ideología igualitarista que iba preparando una futura época –la nuestra– destacada por la reivindicación de los derechos humanos. Su teoría de la herencia, centrada en el concepto de *estirpe*, es decir, como suma de gérmenes rudimentarios que se encuentran en el huevo acabado de fecundar, no cambia sino que se nutre (y desarrolla) en la fase embrionaria. Si bien no hay un racismo explícito, sí que hubo unos planteamientos *deterministas* en Galton: el hombre está obligado a los dictámenes de su naturaleza biológica, incluso en el plano social.

3.2. Clasificaciones raciales

El término “raza” ha sido usado en una amplia variedad de maneras en los campos científicos y sociopolíticos. Incluso cuando la igualdad racial es asumida, nociones *quasi* biológicas son usadas para caracterizar y reconocer las categorías raciales (Cfr. Blackburn, 2000: 3).

Sin embargo, se han aducido argumentos poderosos –como veremos sobretodo en la última parte de nuestro artículo– en pro de que las nociones biológicas de raza se puedan tachar de tipológicas, razones en gran parte subjetivas al estar basadas en una mala interpretación de la genética, la diversidad humana y la historia de la humanidad. Por eso, no son pocos los biólogos y antropólogos que niegan los conceptos biológicos raciales, tal y como fueron aplicados décadas atrás. Inclusive –y como hemos visto en Michel Foucault– la construcción social de la raza ha sido detallada en una abundante literatura especializada. Y es que el hecho de clasificar las razas, no sólo en lo científico, es ya una forma de ejercer el bio-poder.

La gran mayoría de la gente aún cree que existen unas razas biológicamente objetivas desde el punto de vista de su pureza. De hecho, para la precomprensión de las sociedades principalmente europeas, hay tres o cuatro razas en el que se pueden clasificar los individuos

analizadas desde el enfoque naturalista.

de la humanidad. Pero no sólo en la época decimonónica sino hasta bien entrado el siglo XX, se han llegado a clasificar hasta cuarenta y una razas, según la siguiente tabla que Blackburn (Cfr. Blackburn, 2000: 5) recoge, a partir de las investigaciones llevadas a término por E. H. Colbert y M. Morales en 1991:

Table 1.1 Some Classifications of Human Races

Buffon (1749)	American, Laplander, Tartar, South Asiatic, European, Ethiopian
Blumenbach (1781)	Caucasoid, Mongoloid, American Indian, Ethiopian, Malay
Cuvier (1790)	Caucasian, Mongolian, Ethiopian
Flourens (1839)	Caucasian, Mongolian, Negro, American, Malay, Hottentot, Boschisman, Papuan, Alfourou, Zealandic
Prichard (1848)	Caucasian, Mongolian, Negro, American, Esquimaux, Hottentot + Boschisman, Papuans, Alfourous + Australian
Boyd (1950)	Early European, European, African, Asiatic, American Indian, Australoid
Boyd (1963)	Early European, Laplanders, Northwest European, Eastern European, Mediterranean, African, Asian, Indo-Dravidian, American, Indonesian, Melanesian, Polynesian, Australoid
Coon (1965)	Caucasoid, Mongoloid, Australoid, Congoid, Capoid
Garn (1971)	Northwest European, Northeast European, Alpine, Mediterranean, Iranian, East African, Sudanese, Forest Negro, Bantu, Turkic, Tibetan, North Chinese, Extreme Mongoloid, Southeast Asiatic, Hindu, Dravidian, North American, Central American, South American, Fuegian, Lapp, Pacific Negrito, African Pygmy, Eskimo, Ainu, Murrayian, Carpenterian Australian, Bushman + Hottentot, North American Colored, South African Colored, Ladino, Neo-Hawaiian

Desde Buffon en 1749 hasta el muy reciente Garn en 1971, las clasificaciones raciales se han sucedido con mayores o menores similitudes. Un autor como Dorsey dirá que “*racés do not exist; classifications of mankind do*” (Dorsey, 1928: 15)⁸. A la hora de establecer las diferentes razas lo que prevalece es una clasificación convencional (y, por ende, no discreta) que se basa en ciertos patrones observables comunes, los cuales no nos autorizan hablar de razas en el sentido más fuerte de la herencia genética, como si encontrásemos tipos genéticos totalmente diferentes entre sí. No negamos que estas tipologías no tengan cierta correspondencia con los datos

8/ “Las razas no existen, las clasificaciones de la humanidad, sí”.

biológicos –al final veremos que hoy se habla más de clinas y ecotipos que de razas– pero de ahí a descubrir cambios esenciales en la vida humana; como si estas razas fuesen homogéneas, hay un salto que no podemos dar. En la filosofía clásica, sobre todo en la corriente tomista, el color de la piel o la configuración anatómica se consideraba un *accidente*, en comparación con la *quidditas* racional que distinguía a todo el género humano. Como reconoce Blackburn desde el terreno biológico, los adjetivos raciales “*reify a spurious dichotomy, leading to a preoccupation with physical distinctios that often are small to nonexistent*” (Blackburn, 2000: 7)⁹.

Lo cierto es que, a lo largo de los años, la raza no ha designado lo biológico sino también la lengua, la nacionalidad, la religión y la cultura. En la historia del concepto de raza observamos que, ya a partir del 1400, se llamaba “indios” a los nativos de cualquier continente. El mismo término “caucásico” fue adoptado por Johann Friedrich Blumenbach para aplicarlo a los nativos de los Montes Caucásicos, los cuales eran, a su parecer, los más bellos de la tierra. Actualmente, “*‘race’ is often avoided in favour of ‘ethnic group’, but the former term continues to be applied to physical types as well as to groups recognized by political or religious affinities*” (Blackburn, 2000: 6)¹⁰.

Debemos tener en claro que reconocer que la raza es, en gran medida, un constructo social no implica, en absoluto, “*deny the existence of human physical diversity*” (Blackburn, 2000: 7)¹¹. La diversidad de los seres humanos es un hecho más que comprobable. Aún más: diríamos que es ir contra la evidencia más palmaria negar que los hombres y mujeres son todo menos homogéneos y que, en ellos, se aprecian verdaderas tonalidades y configuraciones que los diferencian. Hemos de evitar caer en la tentación de un culturalismo o un historicismo que acabe por disolver la solidez de los hallazgos de las ciencias empíricas. Si lo que criticamos es un subjetivismo en el concepto biológico de raza no podemos emprender esta deconstrucción con las mismas armas subjetivistas. Veamos diversos puntos en los que se asienta el racismo biológico:

1) En efecto, “*when people mentally assign others racial categories, they do so on the basis of observable features such as blood proteins and genes- not by acquired features such as clothing and language*” (Blackburn, 2000: *Ibid.*)¹². El racismo adquiere el calificativo de biológico a causa de este tratamiento taxonomista de la información empírica.

2) Sin embargo, lo más remarcable es que la variación de estas características debe ser relativamente heredable, es decir, el componente genético es más que significativo.

3) Al menos estas características anatómicas deberían tener una *funcionalidad*, esto es, deben *demostrar* diferencias en las capacidades (lo cual repercutirá en el prestigio social) que adquirirán los individuos de tales categorizaciones de las razas.

4) Los rasgos raciales deben ser útiles para definir categorías de personas que, a primer golpe de vista, son discretas. La ciencia proporciona criterios objetivos y universales que permiten *comprender mejor* estos grupos de seres humanos.

9/ “Reifica una dicotomía espuria, llevando a la preocupación por distinciones físicas que generalmente son de pequeñas a no existentes”.

10/ “La raza es a menudo rechazada en favor de los ‘grupos étnicos’, pero el antiguo término continua siendo aplicado a los tipos físicos, así como a los grupos reconocidos por afinidades políticas o religiosas”.

11/ “Niega la existencia de la diversidad física humana”.

12/ “Cuando la gente asigna mentalmente otras categorías raciales, lo hace sobre la base de características observables como las proteínas de la sangre y los genes-, no sobre características adquiridas como la vestimenta o la lengua”.

5) Las características de las diversas razas permiten dar cuenta de su *historia evolutiva*. Aquí se entrelazan estrechamente la funcionalidad y la heredabilidad.

La siguiente tabla (Blackburn, 2000: 9) muestra cómo se organiza cada una de las características que se aprecian mostrencamente en las razas:

Table 1.2 Heterogeneous Physical Features of Humans

	<i>Identifiable</i>	<i>Heritable</i>	<i>Functional</i>	<i>Discrete</i>	<i>Genealogical</i>
*Skin pigmentation	yes	largely	probably	no	no
*Eyelid structure	yes	yes	maybe	no	no
*Nose shape	yes	yes	maybe	no	no
*Hair form	yes	yes	in some	somewhat	in some
*Tooth form	somewhat	yes	probably	no	some aspects
*Misc. facial features	yes	yes	possibly	no	some aspects
*Height, weight	yes	somewhat	somewhat	no	no
Hair distribution	mainly	yes	unknown	no	no
Lactose tolerance	no	yes	yes	no	no
Resistance to frostbite	no	probably	yes	no	no
Adaptation to altitude	no	somewhat	yes	no	no
Lung capacity	no	somewhat	in some	no	no

Cada uno de los rasgos (pigmentación, tamaño de la nariz, color del pelo, altura, etc.) se analizan según si son identificables, heredables, funcionales, discretos o genealógicos. No es demasiado complicado darnos cuenta que estas distribuciones cargan con el yugo de la arbitrariedad y, cuanto menos, de la superficialidad. El racismo edificado en esto se trata más bien de un trabajo estadístico, no exento de valoraciones subjetivas, en vez de ser una investigación biológica rigurosa.

4. Conclusiones: ¿Hay criterios biológicos para un concepto biológico de raza?

No deja de sorprendernos que el racismo biológico sólo saca a relucir aquellas *características físicas heterogéneas* que son menos discretas: como hemos visto en la tabla anterior, menos la forma del pelo, las demás características son captadas a primera vista, aunque no estamos quitando el crédito que le corresponde a la morfología biológica que se basa en la observación empírica macroscópica. El racismo, sin embargo, sólo se sirve de lo primero que tiene *a la mano*. ¿Qué pasa con otras características, como encontrar mayor resistencia genética o mayor longevidad en razas diferentes a las tenidas por superiores? Este tipo de racismo se atreve a seleccionar ¡dentro de lo biológico! los datos que más le convienen para sus fines xenófobos.

Como nos dice Blackburn, "*in fact, genetic analysis has shown that genetic variation among individuals within a putative racial group far exceeds variation among such group*" (Blackburn,

2000: 18)¹³. En otras palabras, cada dos habitantes de una región escogida de manera aleatoria pueden tener menos en común genéticamente que lo que tiene cualquiera de otro continente. Y es que la reconstrucción de las muestras de la migración humana y del intercambio genético en los últimos 100.000 años revela cómo las razas comúnmente reconocidas "*do not represent distinct groups*" (Blackburn 2000, *Ibid.*)¹⁴. Así pues, los grandes movimientos poblacionales se oponen a la idea de la pureza racial. Por ello, entre los factores históricos que nos previenen de la aceptación de razas biológicas tenemos básicamente dos:

a) Las migraciones de las diásporas que llevaron al intercambio entre poblaciones que habían estado relacionadas desde la distancia.

b) Las migraciones diseminadas que entremezclaban poblaciones adyacentes, previniendo del establecimiento de linajes humanos separados. Aunque la heterogeneidad geográfica puede reflejar algunos momentos de aislamiento en estas poblaciones "*such isolation has never been sufficient in duration to lead to distinct lineages*" (Blackburn, 2000: *Ibid.*)¹⁵.

En cuanto a este tema, Edward Beasley non ayuda a entender que el racismo es científicamente insostenible, especialmente en lo que atañe a la defensa de la idea de razas separadas. Hay una única especie, que es la humana, y que ha permanecido sobre la faz del planeta durante miles de años:

The main scientific view on 'race' is this: Any idea of what the supposedly separate human races might be is arbitrary, or at least culturally determined. As members of a single human race, we have been alone on earth for 30,000 years. There are no underlying physical races that underpin cultural differences (Beasley, 2010: 7)¹⁶.

Beasley está hablando de una única raza, en referencia irónica a la especie de la que todos somos parte. Al igual que él, Jean Hiernaux, en *Los aspectos biológicos de la cuestión racial*, advertía que "entre las diferencias de una misma especie, como son las poblaciones humanas, las diferencias sólo pueden ser secundarias en relación con lo que tienen en común" (Hiernaux, 1969: 12). En cuanto al tema de la *variación genética* (Cfr. Ossorio, 2009: 12) es cierto que las diferencias en las secuencias del ADN, son más grandes entre grupos de población que están geográficamente distantes unos de otros. Fue una idea de Julian Huxley que el cambio gradual de rasgos denominados fenotípicos de una misma especie mediante influencias y condiciones medioambientales se llamase "variación clinal". Se llegará a sostener que no hay razas en sentido vulgar sino solamente clinas (Cfr. Livingstone y Dobhansky, 1962).

13/ "De hecho, el análisis genético ha mostrado que la variación genética entre los individuos de un supuesto grupo racial excede de lejos la variación entre ese grupo".

14/ "No representan grupos distintos".

15/ "Tal aislamiento nunca ha sido suficiente en duración para conducir a distintos linajes".

16/ "La principal visión sobre la raza es esta: cualquier idea de lo que supuestamente deberían ser las razas humanas separadas es arbitraria, o al menos culturalmente determinada. Como miembros de una única raza humana, hemos estado solos en la tierra durante 30.000 años. No hay razas físicas subyacentes que formen la base de las diferencias culturales".

La *clina* (extensión) se opone a la *raza* (diferenciación), siendo definida como “a pattern of gradual variation of one or more characters, usually –but not exclusively– along a latitudinal or altitudinal range. Again, gene flow can be extensive through clines, as long as selective” (Pigliucci y Kaplan, 2003: 1169)¹⁷. El mestizaje extensional de las clinas se corresponde mucho más con la variación genética y la teoría evolutiva de la selección natural que la preferencia arbitraria por especular en torno a razas que han permanecido inmutables e incontaminadas en un lugar geográfico determinado. López-Beltrán ha escrito sobre este tema en su libro *El sesgo hereditario*:

[...] la manera de entender la variación en poblaciones humanas es cambiar la noción de *raza geográfica* por el concepto propuesto por Ernst Mayr de *clina*, que resulta adecuado para modelar la forma en la que se comporta la variación genética en las poblaciones humanas. La idea central es que la variación génica no se concentra en paquetes discretos (candidatos a llamarse *razas*) sino que se dispersa como un gradiente en el que definir una frontera es siempre una arbitrariedad (López-Beltrán, 2004: 197-198).

Esto nos lleva a abandonar la idea de sub-especie dentro del racismo biológico de corte geográfico. Recordemos cómo los nazis se referían a los eslavos como *Untermenschen*, sub-humanos. La sub-especie –concepto desechado en 1953 por Wilson y Brown– es escuetamente *apariencial* pues no ostenta ningún soporte biológico real. La propia biología encuentra grandes dificultades para definir la noción de especie, de la cual, en el ámbito de las ciencias biológicas, encontramos más de cincuenta definiciones; lo cual significa que la especie no es absolutamente palmaria. La raza, así mismo, no es menos problemática. Como asevera López-Beltrán, “la mayor parte de la variación genética entre las poblaciones humanas puede describirse y explicarse sin utilizar el concepto de *raza*” (López-Beltrán, 2004: 198).

Más que razas, encontramos “gradientes” en los que las poblaciones se vinculan unas con otras. En otras palabras, la biología actual habla de una distribución de frecuencias génicas, que puede modelarse matemáticamente, abandonando la vieja imagen de unos grupos humanos aislados entre sí que dieron lugar a las variedades raciales geográficas. Aludiendo a Livingstone, podemos sostener lo siguiente:

La variabilidad en la frecuencia de cualquier *gene* puede graficarse de la misma manera como se grafica la temperatura sobre un mapa de climas, y esta descripción de la variabilidad genética puede describirla toda y no presupone ninguna explicación (López-Beltrán, 2004: *Ibid.*).

Un solo mapa, con un solo clima, en diversas temperaturas. Esta imagen es de gran utilidad para nosotros. La moderna genética molecular ha confirmado ampliamente que todas las personas poseen análogos genes, en el mismo orden y en la configuración de sus cromosomas. Los genotipos (el conjunto cromosómico de genes en una célula) de personas procedentes de cualquier parte del mundo son tremendamente similares. El mismo Proyecto del Genoma Humano se ha venido haciendo posible gracias a la recolección de genomas de diversas poblaciones del planeta que permiten descifrar los genotipos.

Como confirma Ossorio, está más que aceptado entre los genetistas contemporáneos que

17/ “Es un patrón de variación gradual de uno o más caracteres, por lo general –pero no exclusivamente– a lo largo de un rango latitudinal o altitudinal. Una vez más, el flujo de genes puede ser extensivo a través de las clinas, así como selectivos”.

entre dos personas humanas, aleatoriamente escogidas, serían genéticamente idénticas en un 99.8% o 99.9% (Cfr. Ossorio, 2009: 10). Esto no quita las distinciones fenotípicas y genotípicas, pero son distinciones *en lo mismo*. Por ello, sería una tarea difícil de acometer fijar un criterio estadístico por el cual, en caso de que se acumulase suficiente variación en los genes, encontrásemos otra raza:

Al hacerlo tendremos siempre situaciones absurdas, como que habrá más variedad genética entre dos individuos de la misma *raza* que entre dos de *razas distintas*, y tendremos poblaciones vecinas [...] que se enterarían por sorpresa que pertenecen a distintas *razas* (López-Beltrán, 2004: *Ibid.*).

Pero, debido a que el genoma humano contiene aproximadamente 3.000 millones de nucleótidos, es tan sólo en un 0.1% o un 0.2% en donde la gente podría tener diferencias genotípicas en nuevos nucleótidos. Esto afecta en la variación del número de copias de ADN en un individuo, la cual cambia en función de patologías concretas (o de resistencias a las mismas), y no en términos raciales. El racismo, más generalmente extendido, no se fija en que los accidentes individuales tienen su reflejo y causa en el genotipo.

Ante la superficialidad del racismo y de las investigaciones pseudocientíficas unilateralmente fenotípicas, nos enseña la ciencia que "la inmensa mayoría de los caracteres humanos son invisibles y sólo definibles a través de estudios biológicos, fisiológicos y moleculares" (López-Beltrán, 2004: 199). En sola biología, sólo la *especie* y el *individuo* gozan de una categoría taxonómica como unidades básicas de clasificación biológica, lo cual no nos tiene que conducir a abandonar por completo el concepto de raza pues éste serviría para referirnos a la diversidad en las cualidades fenotípicas entre las personas con una finalidad principalmente informativa en el lenguaje. Para ser más exactos, el término "raza" no nos valdría solamente en el léxico, sino que gozaría de cierta denotación objetiva.

Como apuntábamos anteriormente no podemos negar que los seres humanos son diferentes, sin significar esto que la diversidad sea mala o negativa: la razas humanas, en el sentido biológico de poblaciones locales adaptadas a un determinado medio ambiente, existen verdaderamente, si bien debemos modificar la vieja semántica racista con el nuevo concepto—extraído de la ecología—de "ecotipo" (Pigliucci y Kaplan, 2003: 1161). Contra las razas del imaginario social (*folk races*), los ecotipos, introducidos por Turesson en 1922 para describir genéticamente las respuestas de plantas a determinadas condiciones medioambientales y recuperados recientemente en los animales, no se consideran filogenéticos en un linaje puro como las *folk races* sino adaptaciones ecológicas en las que se combinan las distinciones genéticas con la respuesta adaptativa al entorno (Pigliucci y Kaplan, 2003: 1163).

Se podría hablar de separación geográfica entre los ecotipos, pero solo de modo relativo y no desde una perspectiva de estirpes puras, aunque sí lo mínimamente formados como para referirnos, biológica y ecológicamente, a ellos. La selección natural es el factor que da lugar a la adaptación genética al medio: las mutaciones, la fluctuación azarosa de frecuencias génicas hacen que un mismo gene tenga variantes en puntos distantes de la tierra o en el mismo lugar de manera aleatoria, si bien hay más frecuencias en una misma población. Así pues, la gran similitud en los genes no quita el gran poliformismo ecotípico que la especie adquiere en diferentes poblaciones geográficas, poliformismo cuyos gradientes no pueden entenderse—aunque *de facto* así ha sido— desde una supuesta biología de la pureza racial que se retroalimenta de la lucha de poder.

Todo lo que hemos tratado en este estudio no deja de corroborar la bio-política de Foucault

pues, históricamente, los intereses socio-políticos han presionado para que las *folk races* hayan pasado por ciertas y verdaderas razas entre las masas. Jean Hiernaux nos confirma que “las causas fundamentales del racismo, como indica la Declaración sobre la Raza y los Prejuicios Raciales de 1967, son económicas y sociales” (Hiernaux, 1969: 9). La ciencia parece corroborar las tesis foucaultianas según las cuales, en la entraña del racismo y sus concepciones biológicas, lo que se esconde es el poder, es decir, una *metafísica del poder*. Como hemos mostrado, la ciencia biológica y la ciencia socio-histórica se han puesto de acuerdo en el racismo para crear uno de los más despiadados metarrelatos que hemos conocido, una teorización desde la región del no-ser. Michel Foucault, en una entrevista de 1982 concedida a Paul Rabinow, se mostraba conforme con que el racismo “era, por supuesto, una irracionalidad pero una irracionalidad que, al mismo tiempo, constituía cierta forma de racionalidad...” (Foucault, 2012: 150). La *genealogía del poder* está, como hemos examinado en la biología racista, inseparablemente unida a la *arqueología del saber*, en cuyos orígenes textuales se encuentra una ciencia modelada por las tensiones de poder.

Terminamos, pues, citando un documento oficial de la Iglesia Católica, *La Iglesia ante el racismo*, publicado en 1988 en el contexto del *apartheid* sudafricano; cuatro años después del fallecimiento de Foucault. Este texto resume extraordinariamente este estudio contra el concepto biológico de raza y las desigualdades sociales emanadas del mismo:

En el siglo XVIII, una verdadera *ideología racista* ha sido forjada, opuesta a las enseñanzas de la Iglesia, en contraste también con el empeño de algunos filósofos humanistas en pro de la dignidad y libertad de los esclavos negros, que eran entonces objeto de un desvergonzado comercio de considerables proporciones. Esta ideología creyó poder encontrar *en la ciencia* la justificación de sus prejuicios. Apoyándose en la diferencia de los rasgos físicos y en el color de la piel, entendía concluir a una diversidad esencial, de carácter biológico hereditario, a fin de afirmar que los pueblos sometidos pertenecían a «razas» intrínsecamente inferiores, en cuanto a sus cualidades mentales, morales o sociales. La palabra «raza» es utilizada por primera vez, a fines del siglo XVIII, para clasificar biológicamente a los seres humanos. En el siglo siguiente, esto condujo a interpretar la historia de las civilizaciones en términos biológicos, como una competencia entre razas fuertes y débiles, éstas genéticamente inferiores a las otras. La decadencia de las grandes civilizaciones se explicaría por su «degeneración», es decir, por la mezcla de razas que comprometía la pureza de la sangre (Pontificia Comisión Justicia y Paz, 1988: 6). ■

Bibliografía

- BEASLY, Edward. *The victorian reinvention of race. New racism and the problem of grouping in the human sciences*. New York: Routledge, 2010.
- BLACKBURN, Daniel. “Why race is not a biological concept”. En: Lang, Berel (Coord). *Race and racism in theory and practice*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2010. pp. 3–26.
- DORSEY, George. “Races and civilisation”. En: Beard, Charles (Coord). *Wither mankind: a panorama of modern civilisation*. New York: Longman & Green, 1928.
- FOUCAULT, Michel. *Genealogía del racismo*. La Plata: Editorial Altamira, 1996.
- FOUCAULT, Michel. *Il faut défendre la société. Cours au Collège de France (1975-1976)*. Paris: Gallimard-Seuil, 1997.

- FOUCAULT, Michel. *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal, 2006.
- FOUCAULT, Michel. *El poder, esa bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.
- GROSFOGUEL, Ramón. "El concepto de «racismo» en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿Teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?". *Tabula Rasa*. 2012, nº 16, pp. 79-102.
- HIERNAUX, Jean. "Los aspectos biológicos de la cuestión racial". En: Organización de las Naciones Unidas para la Educación (Coord). *Cuatro declaraciones sobre la cuestión racial*. Rennes: UNESCO, 1969. pp. 9-16.
- LIVINGSTONE, Frank; Dobhansky, Theodosius. "On the non-existence of human races". *Current Anthropology*. 1962, nº 3 (3), pp. 279-281.
- LÓPEZ-BELTRÁN, Carlos. *El sesgo hereditario*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- MÁRQUEZ ESTRADA, José. "Michel Foucault y la contra-historia". *Historia y memoria*. 2014, nº 8, pp. 211-243.
- MÜLLER-WILLE, Stefan; Rheinberger, Hans-Jörg. *A cultural history of heredity*. Chicago: The University of Chicago Press, 2012.
- OSSORIO, Pilar. "Race, genes and intelligence". *Genewatch*. 2009, nº 22, pp. 11-14.
- PIGLIUCCI, Massimo y KAPLAN, Jonathan. "On the concept of biological race and its applicability to humans". *Philosophy of Science*, 2003, nº 70, pp. 1161-1172.
- PONTIFICIA COMISIÓN JUSTICIA Y PAZ. *La Iglesia ante el racismo. Para una sociedad más fraterna*. Santa Sede, 1988. [en línea] [Consulta: 24 enero 2015]. <http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_19881103_racismo_sp.html>
- RUIZ, Rosaura y SUÁREZ, Laura. "Eugenesia, herencia, selección y biometría según Galton". *Lull*. 2002, nº 25, pp. 85-197.